

PRIMERA TRADICIÓN

NUESTRO BIENESTAR COMÚN DEBE TENER LA PREFERENCIA; LA RECUPERACIÓN PERSONAL DEPENDE DE LA UNIDAD DE A.A.

La unidad entre los Alcohólicos Anónimos es la cualidad más apreciable que tiene nuestra Sociedad; nuestras vidas, lo mismo que las de los que nos sucederán, dependen firmemente de ella. Sin la unidad, cesaría de latir el gran corazón de A.A.; nuestras arterias mundiales dejarían de conducir la salvadora gracia de Dios; la dádiva que El nos dio se desperdiciaría sin ningún provecho. De regreso en sus antros, los alcohólicos nos lo echarían en cara, y dirían: ¡Qué gran cosa hubieran podido ser unidos los A.A.!

“¿Quieres decir eso, preguntarán algunos ansiosamente, que en A.A. el individuo carece casi de importancia? ¿Ha de ser dominado por su grupo y absorbido por él?”

A tal pregunta podemos contestar con un rotundo ¡No! Creemos que no existe en el mundo otra sociedad que tenga tan ferviente interés por cada uno de sus miembros; estamos seguros de que ninguna otra defiende tan celosamente el derecho de pensar, hablar y obrar como cada quien desee hacerlo. Ninguno de los A.As. Puede obligar a otro a nada; ninguno puede, ser expulsado y castigado. Nuestros Doce Pasos hacia el restablecimiento son sugeridos; las Doce Tradiciones, que garantizan la unidad de A.A., no contienen ni una sola prohibición. Con frecuencia dicen: *debemos...* pero nunca, *tienes que*.

A muchos podrá parecerles que tanta libertad para el individuo sólo se traduce en completa anarquía. Todo nuevo miembro o amigo que trata a los A.As. por primera vez, se sorprende sobremanera. Le parece que tanta libertad raya en libertinaje; pero reconoce inmediatamente que los A.As. Actúan y persiguen sus fines con irresistible fortaleza. “¿Cómo-preguntan-pueden funcionar estos anarquistas? ¿Cómo es posible que le den preferencia al bienestar común? ¿Qué diablos es lo que los mantiene unidos?”

Los que observan esto cuidadosamente, no tardan en descubrir la clave de la extraña paradoja. Cada miembro de A.A. tiene que ajustarse a los principios de restablecimiento. En realidad, su vida depende de su obediencia a principios espirituales. Si se desvía demasiado, el castigo es

rápido y seguro: se enferma y muere. Al principio permanece en A.A., porque tiene que permanecer; pero más tarde descubre una manera de vivir que en realidad le agrada. Además, se da cuenta que no puede conservar tan preciada dádiva si no está dispuesto a compartirla con otros. Ni él ni nadie puede sobrevivir a menos que lleve el mensaje de A.A. Pronto comprende que él no es sino una pequeña parte de un todo; que ningún sacrificio personal es demasiado grande ante la preservación de la Sociedad. Descubre que el clamor de sus deseos y sus ambiciones internas deben silenciarse, si no quiere causarle algún daño al grupo. En el momento en que el trabajo del Duodécimo Paso forma un grupo, se hace otro descubrimiento: que la mayoría de los miembros no pueden recuperarse, a menos que se conserve su existencia. Se hace evidente que si no sobrevive el grupo, no sobrevive el individuo.

Por eso desde un principio, el punto de mayor importancia fue el de cómo vivir y trabajar unos con otros, como grupos. En el mundo que nos rodeaba vimos cómo la individualidad era capaz de destruir pueblos enteros. La lucha por la riqueza, el poderío y el prestigio estaban destruyendo a la humanidad como nunca lo habían hecho entonces. Si los pueblos fuertes hallaban la derrota en su lucha por la paz y la armonía, ¿qué podía esperar nuestro errante grupo de alcohólicos? Con el mismo fervor con que antes luchamos y oramos por nuestro restablecimiento personal, comenzamos nuestra búsqueda en los principios que permitieran la supervivencia de A.A. En millares de yunques de dolorosa experiencia de A.A. En millares de yunques de dolorosa experiencia se martilló la estructura de nuestra Sociedad.

Incontables veces, en multitud de ciudades y aldeas, pusimos de nuevo en escena la historia de Eddie Rickenbacker y sus valientes compañeros, cuando su avión se desplomó en el Pacífico. Como nosotros, ellos se vieron repentinamente salvados de la muerte, pero flotando sobre un mar peligroso. Qué bien sabían ellos que su bienestar común era lo más importante. Ninguno podía ser egoísta en cuanto al agua o al pan. Cada uno tenía que pensar en los demás, y sabía que en su fidelidad con los otros estaba su fortaleza. Y tuvieron la suficiente como para lograr sobreponerse a los peligros y defectos de su frágil embarcación, así como

a todas las pruebas de incertidumbre, dolor, temor y desesperación, y a la muerte de uno de ellos.

Así ha ocurrido con los A.As. Mediante la lealtad y el esfuerzo, hemos logrado sobrevivir, a pesar de grandes pruebas e increíbles experiencias. Esas lecciones viven en las Doce Tradiciones de Alcohólicos Anónimos, las cuales –Dios mediante- nos conservarán unidos hasta cuando El nos necesite.

SEGUNDA TRADICIÓN

**PARA EL PROPOSITO DE NUESTRO GRUPO SÓLO EXISTE UNA
AUTORIDAD FUNDAMENTAL: UN DIOS AMOROSO QUE PUEDE
MANIFESTARSE EN LA CONCIENCIA DE NUESTRO GRUPO. NUESTROS
LIDERES NO SON MAS QUE SERVIDORES DE CONFIANZA. NO
GOBIERNAN.**

¿De dónde obtiene A.A. su dirección? ¿Quién la gobierna?

Eso es también enigmático para todos los amigos y recién llegados. Cuando se les dice que nuestra Sociedad no tiene presidente con autoridad para dirigirla, ni tesorero que pueda exigir el pago de cuotas, ni junta directiva que tenga el poder de expulsar al miembro que cometa una falta; cuando comprenden que ninguno de los A.As. Puede dar una orden ni exigir obediencia, nuestros amigos se quedan sorprendidos y exclaman: “Eso no puede ser así, tiene que haber algo malo en alguna parte”. Esos individuos leen entonces la Tradición Segunda y ven que la única autoridad fundamental que gobiernan a los A.As. Es un Dios amante, y que El mismo se puede manifestar en la conciencia del grupo. Con cierta incertidumbre le preguntan a un miembro entendido de A.A. si en realidad eso puede ser así. El miembro, cuerdo en todos sus aspectos, les contesta inmediatamente, “¡Sí!, definitivamente es así”, Los amigos murmuran que tal cosa les parece algo vaga, nebulosa y más ingenua. Luego comienzan a lanzarnos miradas expeculativas, aprenden algo de la historia de A.A. y

acaban por comprender la pura verdad. ¿Cuáles son esas verdades de la vida de A.A. que se sustentan en ese principio aparentemente impráctico?

Veamos: Fulano de Tal, un buen A.A., se muda- supongamos- a Middleton, E.U.A. Sintiénese ahora solo, reflexiona que quizá no pueda permanecer sobrio, o ni siquiera vivo, a menos que les comunique a otros alcohólicos lo que a él se le dio tan desinteresadamente. Siente el apremio de algo ético y espiritual, porque ve que tiene muy cerca de sí a centenares que están sufriendo y a quienes puede ayudar. Además echa de menos a su propio grupo. Necesita de otros alcohólicos, tanto como ellos lo necesitan a él. Visita a los predicadores, médicos, editores, policías y taberneros, y el resultado es que ahora Middleton tiene un grupo, del cual él su fundador.

Por ser fundador, se vuelve, al principio, líder del mismo. ¿Quién otro podría serlo? Sin embargo, muy pronto, su asumida autoridad para dirigirlo todo, comienza a ser compartida con los primeros alcohólicos a quienes ayudó. En ese momento, el benigno “dictador” se convierte en presidente del comité que él y sus amigos han formado. Ellos son la jerarquía del grupo en su período de formación, constituyéndose ésta por auto elección, por supuesto, pues no puede serlo de otra manera. Al cabo de unos cuantos meses, A.A. florece en Middleton.

El fundador y sus amigos conducen espiritualmente a los nuevos miembros, rentan salones, hacen arreglos con los hospitales, y les ruegan a sus esposas que les preparen grandes cantidades de café. Siendo humanos, el fundador y sus amigos se sienten algo ufanos por la tarea que desempeñan. Se dicen unos a otros: “Tal vez sería una buena idea que siguiéramos ejerciendo nuestra autoridad sobre los A.As. de esta población. Después de todo, ya tenemos experiencia. Además, cuánto bien les hemos hecho a esos borrachos. ¡Debieran estar agradecidos!” La verdad es que los fundadores y sus amigos son a veces más sabios y más humildes, pero no siempre a esta altura de las circunstancias.

Los dolores y accidentes propios del crecimiento, comienzan a acosar al grupo. Los mendigos piden limosnas; los tímidos desfallecen; problemas y más problemas empiezan a lloverle al grupo; pero, lo más importante, se oyen murmullos de descontento entre los miembros dados a la política, que pronto se vuelven un clamor: “¿Creen esos viejos que van a

dominarnos toda la vida? ¡Ya es hora de que hagamos nuestra elección!” El fundador y sus amigos se sienten heridos y deprimidos. Van de crisis en crisis, de amigo en amigo, rogando; pero nada sacan, pues ha comenzado la revuelta. La conciencia del grupo va a hacerse cargo de las cosas.

Viene luego la elección. Si el fundador y sus amigos han servido bien, pueden —muy sorprendidos— ser reelegidos por algún tiempo. Sin embargo, si se han opuesto con demasiado ahínco a la ola creciente de democracia, pueden ser depuestos intempestivamente. En cualquiera de los dos casos, el grupo tiene ahora un comité rotatorio de muy limitada autoridad. Bajo ningún concepto pueden sus miembros dominar o dirigir el grupo. Son servidores. Suyo es, en ocasiones el “el ingrato” privilegio de atender a las tareas domésticas del grupo. Encabezados por el presidente, se encargan de las relaciones del grupo con el mundo exterior y hacen arreglos para concertar reuniones; su tesorero, rigurosamente responsable, pasa el sombrero, recoge el dinero para pagar el arriendo y demás cuentas, y rinde regularmente su informe durante las sesiones ordinarias. El secretario se encarga de tener a la mano literatura informativa, atiende a las llamadas por teléfono, contesta la correspondencia y envía los avisos para anunciar las reuniones. Esos son los sencillos servicios que hacen que el grupo continúe funcionando. El comité no da consejos espirituales, no juzga la conducta de ninguno, no imparte órdenes. Cada uno de los miembros el comité puede ser eliminado en las próximas elecciones, si es que ha tratado de imponerse. Y así es como hacen el tardío descubrimiento de que son en realidad servidores, no senadores. Esa es la experiencia de todos ellos. En esta forma es como la conciencia del grupo impone las condiciones que hacen posible que los dirigentes del mismo, puedan ser sus servidores.

Eso nos trae directamente a la pregunta: “¿Tiene A.A. verdadera dirección?” La respuesta es muy enfática: “Sí, aunque no lo parezca”. Pero, volvamos al depuesto fundador y a sus amigos. ¿Qué les ha sucedido? En cuanto les pase la ansiedad y la tristeza, se notará en ellos un cambio casi imperceptible. Finalmente se dividirán en dos clases, que los A.As. denominan comúnmente como “ancianos estadistas”, y “viejos descontentos”. El anciano estadista es el que comprende lo sabía que ha sido la decisión del grupo, que no abriga rencor al verse reducido a una

posición menos importante, y cuyo juicio, madurado por considerable experiencia, es justo; es el individuo dispuesto a esperar el desarrollo de los acontecimientos. El viejo descontento es el que sigue convencido de que sin él no prosperará el grupo, que constantemente intriga para ver si lo reeligen, y que sigue siendo presa de su propia conmiseración. Algunos suelen sangrar en tal forma que –agotado todo su espíritu y principios— vuelven a emborracharse. En ocasiones, parece que el panorama está repleto de esa clase de sangrantes viejos descontentos. Casi todos los más antiguos miembros de nuestra sociedad han pasado por esa experiencia, hasta cierto punto. Felizmente la mayoría sobrevive, y pasan a ser estadistas ancianos. Se convierten en verdaderos y permanentes pilares de A.A. De ellos emanan opiniones calmadas, el conocimiento seguro y el liderato permanentemente de A.A. Cuando el grupo está más perplejo se vuelve a ellos a pedirles consejo. Los estadistas ancianos vienen a ser el instrumento de expresión de la conciencia del grupo; en realidad, son la voz pura de Alcohólicos Anónimos. No dirigen por mandato, sino por ejemplo. Tal es la experiencia que nos ha llevado a la conclusión, de que la conciencia de nuestro grupo, bien guiada por sus ancianos, es más sabia que si tuviera un solo conductor.

Cuando A.A. tenía apenas tres años de existencia, ocurrió algo que nos demostró ese principio. Uno de los iniciadores, muy contra sus propios deseos, se vio forzado a obedecer la opinión del grupo. Aquí está la historia en sus propias palabras:

“Cierta día en que me hallaba en un hospital de Nueva York haciendo un trabajo de Duodécimo Paso, el dueño del hospital, a quien llamaré Charlie, me llamó a su despacho. “Bill –me dijo- me parece una vergüenza que andes tan mal de fondos. Te rodean bebedores que se están mejorando y ganando dinero. Pero tú dedicas todo tu tiempo a este trabajo, y no ganas nada. ¡Eso no es justo! Charlie sacó de su escritorio un estado de cuenta. Me lo pasó, y continuó: Ahí puedes ver qué tanto dinero ganaba este hospital en 1930: miles de dólares al mes. Podría estar ganando lo mismo ahora, y lo haría --si tú me ayudaras. ¿Por qué no traes tu trabajo aquí? Te daría una oficina, podrías sacar una buena suma para gastos y muy buenas ganancias. Hace tres años, cuando mi médico jefe Silkworth, comenzó a explicarme la idea de ayudarles a los borrachos

mediante la espiritualidad, me pareció que esas eran ideas de locos, pero he cambiado de parecer. Llegará el día en que tu manada de ex borrachos llene el Madison Square Garden; pero me parece que, mientras tanto, no debes morir de hambre. Lo que te propongo no es contrario a la equidad. Puedes volverte un terapeuta sin diploma, y tener más éxito que los profesionales.

“Quedé convencido. La conciencia me mortificó un poco, pero al fin vi que lo que Charlie proponía era algo muy horado. No había nada de malo en que yo me volviera un terapeuta sin diploma. Pensé en Lois, llegando a casa cada día, después de andar de compras en las tiendas, a preparar la comida para una multitud de borrachos que no pagaban nada por su alimentación. Pensé, además en la gran cantidad de dinero que adeudaba a mis acreedores de Wall Street. Pensé en algunos de mis amigos alcohólicos que seguían ganando tanto dinero como siempre. ¿Por qué no podía yo hacer otro tanto?

“Aunque le pedí a Charlie un plazo para considerar lo que me proponía, ya tenía resuelto lo que iba a hacer. Yendo muy de prisa en el metro con destino a Brooklyn, sentí algo que me pareció una revelación divina. Fue apenas una sola oración gramatical, pero hartamente convincente. En realidad, tomada precisamente de la Biblia, una voz me repetía: “El salario es de acuerdo con el trabajo”. Al llegar a casa, encontré a Lois cocinando como de costumbre, mientras tres borrachos la contemplaban hambreados desde la puerta de la cocina; la llamé a un lado y le di la gloriosa noticia. Pareció que le interesaba, pero no se me hizo que se emocionara tanto como yo lo esperaba. Finalmente exclamó: ` ¡Qué bueno fuera fuera!’

“Esa noche teníamos reunión. Aunque ninguno de los alcohólicos a quienes alimentábamos parecía estar sobrio, otros sí lo estaban, y se hallaban en la cama con sus respectivas esposas. Me apresuré a contarles la historia de la oportunidad que se me presentaba. Nunca olvidaré sus caras impasibles, ni lo fijamente que me miraron; casi sin entusiasmo acabé de hablar. Hubo un prolongado silencio.

“Casi tímidamente, uno de mis amigos comenzó a hablar: `Bien sabemos qué tan necesitado estás, Bill. Eso nos preocupa mucho. A menudo nos hemos preguntado si sería posible que hiciéramos algo para remediar las cosas. Pero creo que expreso la opinión de todos cuando digo

que mucho más nos preocupa lo que acabas de decirnos.´ La voz del locutor se volvió más confiada. ` ¿No ves –continuó- que nunca podrás volverte profesional? Por más generoso que Charlie haya sido con nosotros, ¿no ves que esta cosa no puede enlazarse con su hospital ni con ninguna otra? Dices que la propuesta de Charlie no tiene nada de inmoral; claro está, es moral; pero lo que tenemos no funciona sólo con el fundamento de la moral, tiene que ser algo mejor. Claro que la idea de Charlie es buena, pero no lo suficiente. Esto es una cuestión de vida o muerte y sólo lo mejor puede servirnos.´ Mis amigos me lanzaban miradas desafiadoras a medida que el orador continuaba: `Bill, ¿nos has dicho tú mismo a menudo en estas reuniones, que lo bueno es enemigo de lo mejor? Pues bien, éste es sencillamente un caso de esos. ¡No puedes hacernos tal cosa!´ Así habló la conciencia del grupo. El grupo tenía razón y yo estaba equivocado; la voz que oí en el metro no era la voz de Dios. Aquí estaba la verdadera voz, surgiendo de mis amigos. La escuché, y – gracias a Dios—obedecí”.

TERCERA TRADICIÓN

EL ÚNICO REQUISITO PARA SER MIEMBRO DE A.A. ES QUERER DEJAR DE BEBER

Esta Tradición está llena de significado. La sociedad de A.A. le dice a todo verdadero bebedor: “Usted es miembro de A.A. si así lo dice. Puede declararse uno de los nuestros; nadie se lo impedirá. No importa quién sea, ni cuánto haya descendido, ni cuán graves sean sus complicaciones sentimentales –aún sus crímenes-, no podríamos impedirle ser un A.A. *No deseamos* tenerlo fuera de nuestra sociedad. No tenemos miedo de que pueda hacernos el menor daño, por torcido o violento que sea usted. Sólo queremos estar seguros de que tenga la misma oportunidad que nosotros tuvimos para lograr la sobriedad. De modo que usted es un A.A., desde el momento en que declare que lo es”.

Para el establecimiento de ese principio de calidad de miembro, fueron necesarios varios años de terrible experiencia. En un principio nada nos parecía tan frágil, tan fácil de romper, como un grupo de A.A. Casi a ninguno de los alcohólicos le hacían caso; la mayoría de los que se unieron a A.A. parecían vacilantes velas en medio de la borrasca. Repetidas veces se apagaron aquellas dudosas llamas para no volverse a encender. Nuestro silencioso y constante pensamiento era: “¿A quién de nosotros le tocará ser el próximo?”.

Uno de los primeros miembros nos permite dar un vistazo a lo que fueron aquellos tiempos. “En una ocasión –nos dice- cada grupo de A.A. tenía infinidad de reglas que debían obedecer los miembros. Todos estaban aterrados al pensar que algo o alguien iba a hacer zozobrar la embarcación para arrojarnos a la bebida. La oficina de nuestra Fundación pidió a los grupos que enviaran sus listas de “reglas protectoras”. La lista total resultó larguísima. Si todas las reglas se hubiesen hecho obedecer en todas partes, nadie hubiera podido ser miembro de A.A., pues a tal extremo llegaba nuestra ansiedad y nuestro miedo.

“Resolvimos no admitir en A.A. –continúa diciendo el antiguo miembro-, sino a una clase hipotética de individuos a quienes llamamos ‘alcohólicos puros’. Solamente nos importaba el hecho de que bebieran y las consecuencias naturales derivadas de ello; porque, pensamos, no tendrían mayores complicaciones. Así que los pordioseros, vagabundos, asilados, presidarios, excéntricos, locos y mujeres públicas quedaban definitivamente por fuera. ¡Sí señor!, no nos mezclábamos sino con los alcohólicos puros y respetables. Cualesquiera otro nos destruiría sin la menor duda. Además, si recibíamos a gente tan extraña, el público no nos tomaría en cuenta. Tendimos, pues, una tupida cerca de protección alrededor de A.A.

“Tal vez esto suene ahora cómico. Puede ser que se piense que los antiguos miembros fuimos más intolerantes; pero puedo asegurar que en ese entonces la situación no se nos hacía nada jocosa. Éramos inflexibles porque creíamos que nuestras vidas y nuestros hogares estaban amenazados; eso no tenía nada de risible. ¿Intolerantes? Más bien se

diría que estábamos asustados. Claro está, comenzamos a obrar como cualquier persona que está asustada. Después de todo, ¿no es el miedo la verdadera causa de la intolerancia? Sí señor, fuimos más que intolerantes”.

¿Cómo se iba a saber que tales temores carecían de fundamento? ¿Cómo se iba a saber que millares de esas personas tan aterradoras se recuperarían en forma tan sorprendente y se habrían de convertir en los mejores trabajadores y más íntimos amigos? ¿Podría haberse creído en ese tiempo que los A.As. iban a tener un promedio de divorcios que no pasa del uno por ciento? ¿Podría haberse creído que personas tan molestas se iban a convertir en nuestros mejores maestros de paciencia y tolerancia? ¿Quién hubiera podido imaginarse que una sociedad compuesta por todos los caracteres concebibles, fuera capaz de salvar todos los obstáculos de raza, credo, filiación política e idioma, sin el menor trabajo?

¿A qué se debió finalmente que A.A. anulara todos los reglamentos sobre admisión de miembros? ¿Por qué dejó que cada cual decida si es o no alcohólico, y si desea o no ser uno de los nuestros? ¿Por qué permitió que se diga, contrario a la experiencia de la sociedad y de los gobiernos de todo el mundo, que ni castigamos ni privamos de sus derechos como socio a ninguno de los A.As.? ¿Y que jamás debemos obligar a ninguno a que pague cuotas, a que crea en algo o a que esté de acuerdo en todo lo que A.A. propone?

La respuesta que hoy vemos en la Tradición Tercera es de lo más sencillo que pueda imaginarse. Finalmente la experiencia nos enseñó que privarle a un alcohólico su total oportunidad equivaldría, casi siempre, pronunciarle su sentencia de muerte; y a menudo, a condenarlo a inacabable sufrimiento. ¿Quién se atreve ser juez, jurado y verdugo de su propio hermano enfermo?

A medida que los grupos observaron esas posibilidades, fueron abandonando todas las reglas que tenían para aceptar a los miembros. Las experiencias dramáticas que se fueron acumulando una tras otra terminaron por afianzar esa resolución, hasta volverla nuestra tradición universal. He aquí dos ejemplos:

Corría el año dos del calendario de A.A. En ese entonces existían apenas dos grupos de alcohólicos, sin nombre, que luchaban por sostener honradamente su cometido.

En uno de aquellos grupos apareció en recién llegado, llamó a la puerta y pidió que lo dejaran ingresar. Habló francamente con el más antiguo miembro del grupo. Pronto demostró que el suyo era un caso desesperado y que sólo ansiaba “curarse”. Pero preguntó: “¿Me dejarán ustedes formar parte de su grupo, siendo que soy también víctima de un vicio todavía más despreciable que el del alcoholismo? Puede ser que ustedes no me admitan en su grupo. ¿No es así?”

Se presentó el dilema. ¿Qué debería hacer el grupo? El miembro más antiguo llamó a otros dos, y en reserva, les informó sobre tan difícil situación. “¿Qué partido tomamos? –les dijo-. Si le dejamos ir, no tardará en perecer. Si lo admitimos, sólo Dios sabe la multitud de disgustos que podrá causarnos. “¿Qué debemos contestar, sí o no?”

Al principio los antiguos sólo repararon en las objeciones, “Tenemos que ver –dijeron- únicamente con los alcohólicos. ¿No será mejor que sacrifiquemos a este individuo por el bien de los demás?” En esa forma continuó la discusión mientras la suerte del recién llegado colgaba de un hilo. Entonces uno de los tres miembros habló en otro tono: “¿A qué le tememos, a fin de cuentas? ¿A nuestra reputación? ¿Tenemos al público y lo que pueda decir de nosotros, más que a los disgustos que a este alcohólico extraño pueda traernos?” Mientras hablábamos, cinco palabras se me vinieron repetidas veces a la imaginación: “¿Qué hubiera hecho el Todopoderoso?” Ahí terminó la discusión. ¿Qué más hubiera podido decirse?

Regocijado, el recién llegado se dedicó con entusiasmo a desempeñar tareas del Duodécimo Paso. Sin cansarse nunca llevó el mensaje de A.A. a veintenas de personas. Puesto que ese grupo fue de los que primero se fundaron, esas veintenas de personas se multiplicaron en millares. Nunca molestó a nadie a causa de su otra dificultad. Los A.A. habían dado su primer paso hacia la formación de la Tradición Tercera.

Poco tiempo después de haberse presentado ese individuo doblemente estigmatizado, pidió admisión en otro grupo un vendedor a quien llamaremos Ed. Era un hombre de gran dinamismo, atrevido como el que

más, y a quien a cada minuto se le ocurría alguna nueva fórmula para mejorar a los A.As. Presentaba cada idea a sus compañeros, con el mismo entusiasmo con que distribuía pomada para lustrar automóviles; pero tenía una idea que no era tan fácil de vender: el ateísmo. Su principal obsesión era que los A.As. prosperarían más sin tantas “necesidades sobre Dios”. Intimidaba a todos los miembros y éstos esperaban que muy pronto habría de emborracharse –pues en ese tiempo los A.As. se cargaban al lado de la piedad- . “Tiene que sufrir un fuerte castigo una persona que blasfema de esa manera”, se pensaba. Pero veían con sorpresa que Ed no tomaba una gota de licor.

Finalmente llegó la hora en que Ed hablaría en una de las reuniones. Todos temblábamos porque sabíamos la que se nos esperaba. Comenzó por elogiar nuestro compañerismo, contó cómo su familia se había vuelto a unir. Ensalzó la virtud de la honradez y recordó el placer de las tareas del Duodécimo Paso, y luego soltó una andanada: “¡Pero no puedo aguantar más esas necedades acerca de Dios! ¡Son sólo simplezas para los débiles! ¡Este grupo no las necesita! ¡No las seguiré aguantando! ¡No las seguiré aguantando! ¡Al diablo con ellas!”

Una oleada de resentimiento cundió por el auditorio, y movió a todos los miembros a tomar una resolución: “¡Tenemos que deshacernos de él!”

Los miembros más antiguos lo llamaron aparte y dijeron con firmeza: “Aquí no se puede hablar de ese modo. O se deja de esas cosas o se larga”. Muy sarcásticamente Ed les respondió: “¡No me vengán con esas!” Estiró el brazo y tomó del estante un manojo de papeles. Encima de ellos estaba el prólogo del libro *Alcohólicos Anónimos*, que en ese entonces se estaba preparando para su publicación. Luego leyó en voz alta: “El único requisito para ser miembro de A.A. es querer dejar de beber.” Implacablemente continuó: “¿Cuándo ustedes escribieron esa frase, estaban o no de acuerdo con ella?”

Desalentados, los antiguos miembros se miraron uno a otros, porque comprendieron que Ed tenía toda la razón.

Y Ed siguió siendo miembro de A.A. mes tras mes. Mientras más tiempo pasaba sin tomar licor, con mayor vehemencia se expresaba contra Dios. Los del grupo ya estaban tan desesperados que hasta dejaron la caridad

de un lado. “Cuándo, cuándo –se decían unos a otros- volverá a emborracharse este hombre”.

Algún tiempo después Ed se empleó como vendedor y se ausentó de la ciudad. Al cabo de unos días tuvimos noticias de él. Envió un telegrama pidiendo dinero, y todos los miembros sabían muy bien lo que *eso* quería decir. Luego comenzó a llamar por teléfono. En aquellos tiempos, los A.As. íbamos cualquier parte cuando se trataba de tareas del Duodécimo Paso, sin tener en cuenta lo poco prometedor que pareciera el caso. Pero aquella vez nadie se movió. “¡Dejémoslo! ¡Que se las entienda él solo y aprenda la lección!”

Al cabo de dos semanas, Ed llegó una noche a casa de uno de los miembros, y sin que nadie lo notara, se acostó. Al día siguiente, cuando el jefe de familia y uno de sus amigos se estaban desayunando, oyeron ruido en el segundo piso. Para colmo de su consternación se les presentó Ed. Con una sonrisa burlona, les dijo: “¿Ya dijeron ustedes sus oraciones matinales?” Pronto se dieron cuenta de que hablaba en serio. Poco a poco les fue relatando su historia.

De paso por uno de los estados vecinos, Ed se había alojado en un hotel barato. Cuando le fallaron todas las súplicas de ayuda, pasaron por su afiebrada mente estas palabras: “Me han abandonado. Me han abandonado los míos. Llegó el fin... todo ha terminado para mí.” Moviéndose de un lado para otro de la cama, su mano tropezó con una cómoda, y tocó un libro. Era la Biblia. Ed no contó más de lo que vio o sintió en ese cuarto de hotel. Era el año de 1938. Desde entonces no ha vuelto a beber.

En nuestro días, cuando se reúnen los antiguos miembros que conocieron a Ed, siempre exclaman: “¿Qué hubiera sucedido si expulsamos a Ed por blasfemo? ¿Qué hubiera sido él y de todos aquellos a quienes más tarde ayudó?”

Así fue como la mano de Dios nos dejó entrever desde el comienzo, que cualquier alcohólico puede ser miembro de nuestra sociedad, cuando él diga que lo es.

CUARTA TRADICIÓN

**CADA GRUPO DEBE SER AUTÓNOMO, EXCEPTO EN ASUNTOS QUE
AFECTEN A OTROS GRUPOS O A ALCOHOLICOS ANONIMOS.
CONSIDERADO COMO UN TODO.**

Autonomía es una palabra bastante amplia; pero en cuanto a nosotros se refiere, sólo significa que los grupos de A.A. pueden arreglar sus asuntos exactamente como mejor les convenga, excepto en casos en que A.A. como un todo esté amenazado. Viene ahora la cuestión planteada en la Tradición Primera. ¿No es tonta y peligrosa tanta libertad?

A través de los años se han ensayado todas las desviaciones imaginables de los Doce Pasos y las Doce Tradiciones. Tenía que ser así, puesto que somos un gran número de individualistas impulsados por ambiciones egoístas. Hijos del caos, en forma desafiante hemos jugado con toda clase de peligros, pero hemos surgido de ellos sin daño alguno, y así lo creemos – más sensatos que antes. Esas mismas desviaciones crearon un vasto sistema de prueba y error que, gracias a Dios, nos han hecho lo que ahora somos.

Cuando se publicaron Las Tradiciones de A.A. por vez primera en 1945, teníamos la seguridad de que un grupo de A.A. sería capaz de afrontar todos los embates posibles. Nos tocó ver que el grupo, así como el individuo, debía finalmente ajustarse a los principios demostrados que les garantizara la supervivencia. Habíamos descubierto que había perfecta seguridad en los métodos de prueba y error. Nos habíamos vuelto tan confiados en ese principio, que la declaración original de la Tradición de A.A. llevaba esta frase significativa: “Si dos o tres alcohólicos se reúnen con el objeto de permanecer sobrios, pueden llamarse a sí mismos un grupo de A.A. siempre que como tales no tengan ninguna otra afiliación”.

Eso significaba, naturalmente, que habíamos adquirido suficiente valor como para poder declarar que cada grupo de A.A., como entidad particular, era capaz de confiar en su propia conciencia como guía de sus acciones. Al conceder tamaña libertad nos fue preciso enarbolar tan sólo algunas señales de peligro: un grupo no debería hacer nada que pudiera causarle grave daño a la sociedad de A.A., consideraba como un todo.

Hubiera sido demasiado peligroso que comenzáramos a llamar a unos grupos “no abstemios”, a otros “abstemios”, a otros “republicanos” o “comunistas”, y aún a otros “católicos” o “protestantes”. Además, el grupo de A.A. debería de mantener su rumbo, o perderse totalmente. La sobriedad debería ser un único objetivo. En los demás aspectos habría perfecta libertad. A cada grupo le quedaba el derecho de estar equivocado.

Cuando la sociedad de A.A. se hallaba en su infancia, comenzaron a fundarse multitud de grupos impacientes por hacer algo distinto. En cierta ciudad, que llamaremos Middleton, se había fundado uno, especialmente entusiasta. Las gentes de la población lo apoyaban en masa. Absortos en ideas quiméricas, los miembros más antiguos soñaron en multitud de innovaciones. Soñaron que la población necesitaba tener un enorme Centro Alcohólico, una especie de modelo que sirviera de ejemplo a los grupos de A.A. en todas partes. Comenzaron por el primer piso que tendría un club; en el segundo piso se les quitaría a los borrachos el efecto del alcohol y se les daría dinero para que pagaran sus cuentas atrasadas; el tercer piso alojaría la sección educativa, ajena a toda clase de polémicas, naturalmente. En su imaginación, tan brillante Centro debería elevarse varios pisos más, pero con los tres primeros tendría para empezar. Claro que todo demandaría una buena cantidad de dinero – dinero ajeno--. Y aunque sea difícil creerlo, a la gente rica del pueblo le pareció fabulosa la idea.

Hubo, sin embargo, uno que otro alcohólico conservador que no estaba de acuerdo con el proyecto. Escribieron a la Oficina de la Fundación de Nueva York preguntando su opinión. Tenían por entendido que los miembros más antiguos, para remachar la cosa, pedirían Carta Constitucional. Esos pocos temían y dudaban.

Por supuesto que no faltó un organizador de la empresa, un “súper-promotor”. Con su elocuencia calmó todos los temores, a pesar de que la Fundación advirtió que no concedería Carta Constitucional, y que aventuras que mezclasen a los grupos de A.A. con asuntos de medicina y educación no habían dado resultado en ninguna parte. Para asegurar mejor las cosas, el promotor organizó tres corporaciones y se hizo presidente de todas ellas. Recién pintado, el Nuevo Centro resplandecía.

La acogedora atmósfera se extendió por toda la población. Todo comenzó inmediatamente a funcionar a las mil maravillas. Para asegurar la operación continua y a prueba de errores, se adoptaron sesenta y una reglas y preceptos.

Pero desgraciadamente tan brillante perspectiva no tardó en ensombrecerse. La confusión reemplazó a la serenidad. Se descubrió que algunos de los borrachos ansiaban educarse, pero tenían dudas de si en realidad eran alcohólicos. Los problemas de otros podrían resolverse, tal vez, con sólo un préstamo. A otros les gustaba la idea de ser miembros de un club, pero para ellos todo se reducía a que deseaba la sociedad de otras personas. En ocasiones las nubes de aspirantes se dedicaban a invadir los tres pisos. Algunos comenzaban por el tercero y acababan en el primero convirtiéndose en miembros del club. Otros comenzaban en el club, se emborrachaban, se hospitalizaban, y acababan por el tercer piso. Se percibía tanta actividad como en una colmena; pero con la diferencia de que todo era confusión. Un grupo de A.A. como tal, sencillamente no podía hacerse cargo de esa clase de proyectos, lo cual se descubrió demasiado tarde, y vino la inevitable explosión. La desesperación, el miedo y el desencanto, se apoderaron del grupo.

Cuando se aclaró la situación algo maravilloso había sucedido. El promotor en jefe le escribió a la Fundación diciendo que ojalá hubiera hecho caso a la experiencia de A.A. Luego procedió a hacer algo que se convirtió en ejemplo clásico: envió una tarjeta del tamaño más o menos de una postal. En la cubierta decía: "Grupo Middleton No. 1, Regla No. 2". Dentro de la tarjeta, que estaba doblada, no había sino una picante frase: "No te tomes a ti mismo muy en serio".

Fue así como, bajo la Cuarta Tradición de A.A., uno de los grupos hizo uso del derecho a equivocarse. Además les prestó un gran servicio a todos los A.As. porque tuvo la humildad de aplicar bien la lección. Aprendió en carne propia; y con una sonrisa, se dedicó a cosas mejores. Hasta el arquitecto jefe, de pie sobre las ruinas de su sueño, no pudo menos que reírse de sí mismo... ¡Tal es el colmo de la humildad!

QUINTA TRADICIÓN

CADA GRUPO TIENE UN SOLO OBJETIVO PRIMORDIAL: LLEVAR EL MENSAJE AL ALCOHOLICO QUE AÚN ESTA SUFRIENDO.

“Zapatero a tus zapatos`... Es mejor que hagas una cosa supremamente bien, y no muchas mal hechas”. Tal es el tema central de esta tradición. De ella emana la unidad de nuestra sociedad. La vida o la existencia misma de nuestro compañerismo requiere que se conserve ese principio.

Alcohólicos Anónimos puede compararse con un grupo de médicos que hubieran encontrado una cura para el cáncer, y de cuyo trabajo aundado dependiese el alivio de cuantos sufren esa enfermedad. Verdad es que cada uno de esos médicos podrían también ser especialistas en otra cosa. Cada uno de ellos podría muy bien sentir en ciertos momentos que prefería dedicarse más bien a su propia especialidad que seguir trabajando para el grupo. Pero una vez que hubieran descubierto la cura, una vez que comprendieran que sólo mediante el común esfuerzo podrían lograr su cometido, todos se sentirían obligados a dedicarse de lleno al alivio de las víctimas del cáncer. Deslumbrados por el maravilloso descubrimiento todos dejarían a un lado sus ambiciones, sin que les importara lo grande que fuera el sacrificio personal.

Del mismo modo están ligados en el deber los miembros de la sociedad de Alcohólicos Anónimos, quienes han demostrado que pueden ayudar a las víctimas del alcoholismo como otros rara vez podrían conseguirlo. Esa singular habilidad que tiene cada miembro de A.A., para identificare con los recién llegados y contribuir a su recuperación, no depende de su sabiduría, elocuencia o habilidad personal. Lo único que importa es que sea un alcohólico que haya encontrado la clave de la sobriedad. Esa herencia de sufrimientos y recuperación pasa fácilmente de un alcohólico a otro. Es nuestro don de Dios, y el conferirlo a otros semejantes a nosotros, es el único objetivo que hoy en día nos anima universalmente a los miembros de la sociedad de A.A.

Hay otra razón para ese único propósito: sabemos que pocas veces podemos conservar la preciosa dádiva de la sobriedad si no la pasamos a

otros. Si un grupo de médicos poseyera una cura para el cáncer, a todos les remordería la conciencia si no cumplieran con su misión, y si más bien buscaran el beneficio propio. Sin embargo, tal fracaso pondría en peligro su propia supervivencia. En cuanto a nosotros, si descuidamos a quienes aún sufren, también ponemos en inmediato peligro nuestras vidas, nuestra cordura y sobriedad. Impulsados por el deseo de nuestra propia conservación, de nuestro deber y de nuestro amor, no es extraño que hayamos llegado a la conclusión de que nuestra Sociedad tiene sólo una alta misión que cumplir: llevar el mensaje de A.A. a todos los que aún ignoran que tiene salvación.

Para hacer resaltar la sabiduría del objetivo único de A.A., de uno de los miembros cuenta la siguiente historia:

“Cierta día en que me sentía muy inquieto, pensé que era mejor llevar a cabo alguna tarea del Duodécimo Paso para asegurarme de no ir a dar un `resbalón`. Pero primero era necesario que encontrara a un borracho para ayudarlo”.

“Tomé el tranvía hasta el hospital de la población, y allí me dirigí al Dr. Silkworth y le pregunté si había algún posible `cliente`. —Nada que valga la pena— me dijo. Sólo hay un individuo en el tercer piso que tal vez sea una posibilidad. Pero es un irlandés bastante rudo. En mi vida había visto hombre tan terco. Dice a gritos que si su socio lo tratara mejor y que si su esposa lo dejara tranquilo, pronto resolvería él mismo sus problemas del alcoholismo. Ha tenido un ataque bastante grave de delirium tremens, está bien atontado y desconfía de todos cuantos se le acercan. No creo que sea un caso muy halagador. ¿Qué le parece? Pero, si luchar con él ha de servir a usted de algo, ¿por qué no hace el ensayo?

“Al poco rato me hallé al lado de un hombrazo. Decididamente poco amistoso, me miró con ojos que más bien eran ranuras de su roja e hinchada cara. Tuve que convenir en que el médico no había exagerado, que en realidad el caso no tenía nada de prometedor; pero le conté mi propia historia, le expliqué cuán maravilloso era nuestro compañerismo, qué bien nos entendíamos unos con otros. Hice hincapié en la desesperación que se apodera de los borrachos. Insistí en que muy pocos son los borrachos que logran recuperarse sin la ayuda externa; pero que, gracias a la unión, nuestros grupos logran lo que no podemos hacer

nosotros mismos como individuos. Me interrumpió para manifestar su desprecio por todas esas ideas y me aseguró que él mismo era capaz de arreglar sus asuntos con su esposa, con su socio y con su alcoholismo, sin ayuda extraña. Luego preguntó con gran sarcasmo: ¿Cuánto cuesta todo eso? Tuve la satisfacción de poder contestarle que no le costaría nada. Vino luego la segunda pregunta: ¿Cuánto sale a ganar usted? Claro está que mi respuesta fue: Mi propia sobriedad y sólo una vida feliz. Aún dudando me preguntó: ¿Puede ser cierto que sólo ha venido para ayudarme y ayudarse a usted mismo? ¡Sí!, le contesté.

¡Eso es todo, no salgo a ganar absolutamente nada!

“Luego, aún vacilando, me aventuré a hablarle sobre el lado espiritual de nuestro programa. Y... ¡ahí fue Troya! Tan pronto como se me salió la palabra ‘espiritual’ lanzó una exclamación, y continuó: Ahora caigo: usted busca a quien convertir para alguna maldita secta religiosa. ¿De dónde saca eso de que no va a ganar nada? Yo soy miembro –siguió él- de una gran religión que no cambiaría por nada. Ud. Es bien atrevido en venir a hablarme de religión.

“Gracias a Dios que encontré la respuesta apropiada fundada cabalmente en el objetivo único de A.A. ¡Usted tiene fe!, le dije. Tal vez más profunda que la que yo tengo; quizá sabe más de religión que lo que yo sé. Por eso mismo yo no puedo hablar de religión con usted; ni siquiera quiero intentarlo. También estoy seguro de que usted puede definirme lo que es Humildad, a la perfección; pero juzgando por lo que me ha dicho de usted mismo y cómo piensa resolver sus problemas, creo que sé dónde se equivoca. ¡Muy bien!, dijo. ¡Dígame la verdad! Pues bien --continué--: ¡Usted no es más que un irlandés presuntuoso, que se cree capaz de dirigirlo todo!

“Eso sí que lo conmovió; pero a medida que se iba calmando, comenzó a escuchar lo que yo le decía acerca de que la Humildad es la clave que conduce a la Sobriedad. Al fin de cuentas se convenció de que yo no estaba tratando de cambiarle su religión, y de que sólo trataba de encontrar “algo” en su propia religión que pudiera servir de ayuda en su recuperación. De allí en adelante todo marchó bien.

“Ahora --termina diciendo el miembro antiguo--, supongamos que yo hubiera dicho que A.A. necesitaba mucho dinero, que A.A. se dedicaba a la

educación, a los hospitales, a la rehabilitación de los individuos. Supongamos que le hubiera propuesto ayudarle en sus asuntos domésticos. ¿A dónde hubiera ido a parar? Claro está que nada habría podido lograr”.

Años después el rudo irlandés solía decir con gran placer: “Mi padrino me vendió una idea y esa idea fue la *sobriedad*. En aquellos tiempos era lo único que yo estaba capacitado para comprar”.

SEXTA TRADICIÓN

UN GRUPO DE A.A. NUNCA DEBE RESPALDAR, FINANCIAR O PRESTAR EL NOMBRE DE A.A. A NINGUNA ENTIDAD ALLEGADA O EMPRESA AJENA, PARA EVITAR QUE LOS PROBLEMAS DE DINERO, PROPIEDAD Y PRESTIGIO NOS DESVIEN DE NUESTRO OBJETIVO PROMORDIAL...

En el momento en que nos dimos cuenta de que teníamos la respuesta para el alcoholismo era natural que sintiéramos, además, que también teníamos la respuesta para muchos problemas. Los grupos de A.A. —pensaban muchos de los maestros—podían dedicarse a los negocios, financiar cualquier empresa a que tuviera que ver con alcohólicos. En realidad sentíamos que era nuestro deber emplear toda la influencia de A.A. en pro de todas las causas que fueran dignas de su apoyo.

He aquí algunas de las cosas que soñamos: A los hospitales no les gustan los alcohólicos; pues bien, fundaríamos una serie propia de hospitales. Era necesario educar al público en lo referente al alcoholismo, de modo que a nosotros nos tocaba educar al público; hasta soñábamos con escribir los libros de las escuelas y de los colegios de medicina. Nos dedicaríamos a recoger a los alcohólicos refugiados en los barrios bajos, escogeríamos a los que podrían mejorarse y colocaríamos a los irreversibles en asilos donde pudieran ganarse la vida en una especie de centro, sujetos a cuarentena. Hasta nos parecía posible que tales centros

podrían producir dinero suficiente para dedicarlo a otras obras de beneficencia. Pensábamos seriamente en redactar de nuevo las leyes del país haciendo que declararan que los alcohólicos son enfermos. Llegaría el momento en que nos fuera posible llevar borrachos a la cárcel; en que los jueces nos declararan guardianes de todos los beodos. Extenderíamos nuestra actividad a las regiones de los morfinómanos y los criminales. Formaríamos grupos de deprimidos y paranoicos, y mientras pero fuera el caso, más nos habría de agrandar. Era natural que si se podía derrotar al alcoholismo también era posible atacar cualquier clase de problema.

Se nos ocurrió que podíamos llevar lo que ya teníamos a las fábricas y hacer que se amaran los obreros y los capitalistas. Nuestra limitada honradez habría de purificar la política. Abrazados a la religión y a la medicina resolveríamos sus problemas. Habiendo aprendido a vivir felices les enseñaríamos a todos el camino a la felicidad. Pensábamos que los A.A. éramos la punta de lanza de una nueva cruzada espiritual. En nuestras manos estaba la transformación del mundo.

Sí: los miembros de A.A. tuvimos esos sueños. Y era natural, pues la mayoría de los alcohólicos somos idealistas en bancarrota. Casi todos hemos deseado hacer mucho bien, lograr grandes empresas y sintetizar grandes ideales. Todos somos amigos de la perfección y, no abriéndola logrado, hemos ido al otro extremo para dedicarnos a la bebida y a olvidar todo. La Divina Providencia, por intermedio de A.A., puso a nuestro alcance las mejores expectativas. ¿Por qué entonces no podíamos compartir nuestro modo de vivir con todos los demás?

Y así fue que ensayamos con hospitales de A.A. pero todo fracasó porque es imposible dedicar un grupo de A.A. a los negocios: “muchos cocineros echan a perder la sopa”. Los A.As. se dedicaron luego a la educación: y cuando empezaron a hablar en pro de los méritos de una o de otra marca de licor, vino confusión de la gente. ¿Iban los A.As. a “curar” a los borrachos, o eran una empresa educativa? ¿Se dedicaban a cosas espirituales o asuntos de medicina? ¿Formaban parte de una empresa de reformadores? Llenos de consternación, nos vimos ligados a toda clase de negociaciones, unas buenas y otras regulares. Viendo que los alcohólicos iban a parar en masa a los asilos, comenzamos a gritar “Debería haber una ley”. Los A.As. comenzaron a presentarse en reuniones de comités

legislativos y a abogar por la reforma judicial. Esas eran buenas noticias para la prensa; pero de ahí no pasaban. Comprendimos que no tardaríamos en mezclarnos en la política. Y hasta en el seno de nuestra sociedad vimos que era forzoso quitar el nombre de A.A de los clubes y las causas del Duodécimo Paso.

Esas aventuras arraigaron en nosotros la profunda convicción de que en ningún caso debemos apoyar a empresas afines a la nuestra, por buenas que éstas sean. Nosotros los A.As. no podemos ser “el todo para todo”, ni debemos tratar de serlo.

Hace algunos años ese principio de “no apoyo” fue sometido a la prueba vital. Algunas de las grandes empresas destiladoras de alcohol trataron de dedicarse a la educación en cuestiones alcohólicas. Sería una gran cosa – penaban--, que las empresas dedicadas a fabricar licores demostraban al público empresas dedicadas a fabricar licores le demostraran al público que tenían el sentido de la responsabilidad. Deseaban decir que el alcohol debiera gozarse, pero sin abusar de él; los grandes bebedores debieran beber menos y los que sabían convertido en problemas – los alcohólicos— deberían dejar de beber.

En una de sus asociaciones comerciales se planteó la pregunta de cómo debería manejarse la campaña. Naturalmente, se valdrían de la radio, la prensa y el cine para probar sus opiniones. Pero, ¿a quién nombrarían como director de la campaña? Inmediatamente pensaron en Alcohólicos Anónimos. Si lograban encontrar en nuestras filas un experto en relaciones con el público, ¿Por qué no habría de ser éste la persona ideal? Claro que estaría bien empapado en el problema. Sus conexiones con los A.As. serían valiosas, porque el compañerismo sería muy bien mirado por el público, y no tendría ningún enemigo en todo el mundo.

No tardaron en descubrir a su hombre: un A.A. con la experiencia necesaria. Inmediatamente compareció éste a la Oficina de A.A. en Nueva York, a preguntar: “¿Existe un nuestra tradición algo que sugiera que no debo aceptar esta clase de puesto? Ese tipo de educación me parece muy bueno, y que no tiene nada de polémica. ¿Les parece a ustedes que tenga algo de malo?”

A simple vista, parecía ser bueno, Luego vinieron las dudas. La asociación deseaba emplear el nombre de nuestro miembro en todos los

anuncios; se le iba a describir tanto como director de publicidad como miembro de A.A. Claro está que no podría existir objeción a que una asociación de esa naturaleza empleara a un miembro de A.A. meramente por su talento y por sus conocimientos sobre el alcoholismo. Pero eso no era todo; pues en este caso no sólo era necesario que el miembro dejara a un lado su anonimato, sino que también conectara el nombre de A.A. a ese proyecto educativo en particular, y que eso fuera sabido por millones de personas. Aparecería entonces que A.A. estaba dando su respaldo a una empresa educativa, al estilo de cualquier asociación de comerciantes en licores.

En cuanto nos dimos cuenta de ese hecho comprometedor, preguntamos al presunto director de publicidad cuál era su opinión al respecto. “¡Caramba!” –exclamó--, “claro que no puedo aceptar el puesto. Tan pronto se publique el primer anuncio pondrán el grito en el cielo todos los abstemios. Inmediatamente se dedicarán a buscar a un lado A.A. honrado para que les haga la propaganda de sus ideas sobre educación. Los miembros de propaganda de sus ideas sobre educación. Los miembros de nuestra sociedad tomarán partido en una polémica entre abstemios y no abstemios. La mitad de la gente creerá que estamos de parte de los otros. ¡Qué barbaridad!

“A pesar de todo –le dijimos --, usted tiene el derecho de aceptar el puesto”. “Ya lo sé – nos contestó--. Pero no se trata de cuestiones de derecho. Los Alcohólicos Anónimos me salvaron la vida, y los prefiero. No seré yo quien venga a causarles un gran mal. Y eso sí que se los causarían”.

En lo concerniente a respaldos, nuestro amigo lo había dicho todo. Vimos –como lo habíamos visto hasta entonces—que el nombre de A.A. no puede asociarse con ninguna otra causa que no sea la nuestra.

SÉPTIMA TRADICIÓN

TODO GRUPO DE A.A. DEBE MANTENERSE COMPLETAMENTE A I MISMO, NEGANDOSE A RECIBIR CONTRIBUCIONES DE AFUERA

¿Alcohólicos que se sostienen a sí mismo? ¿Quién ha oído semejante cosa? Sin embargo, eso fue lo que descubrimos que deberíamos ser. Ese principio es prueba evidente del cambio efectuado por A.A. en todos nosotros. Todo mundo sabe que los alcohólicos activos declaran a gritos que no hay desdichas que el dinero no cure. Siempre hemos andado con la mano extendida. Desde tiempos inmemoriales hemos dependido de alguien, por lo menos en cuanto atañe al dinero. Cuando una sociedad compuesta exclusivamente de alcohólicos dice que va a pagar sus deudas, eso sí que es una verdadera noticia.

Probablemente ninguna otra de las Tradiciones de A.A. tuvo nacimiento tan doloroso como el de está. En un principio todos carecíamos de dinero. Si a eso agregamos la habitual posición de la gente que debe darle dinero a los alcohólicos que tratan de no emborracharse, puede comprenderse el por qué creíamos merecer que se nos dieran bastantes billetes. ¡Qué de cosas maravillosas podrían hacer los A.As. si tuvieran dinero! Pero en forma harto sorprendente, la gente adinerada pensaba de otro modo. Se hacían la cuenta de que –puesto que estábamos sobrios – ya era tiempo de que costearáramos nuestros gastos. Y por eso nuestra Asociación se quedó pobre, tenía que serlo.

Había además, otra razón para nuestra pobreza colectiva. Pronto se hizo aparente que a pesar de que los alcohólicos gastaran mucho dinero en casos del Duodécimo paso, odiaban contribuir en las reuniones cuando se pedía dinero para otras cosas. Nos sorprendió mucho encontrar que éramos extremadamente avaros. De modo que la sociedad de A.A. comenzó siendo pobre y continuó siéndolo, mientras que sus miembros se volvían ricos.

Los alcohólicos son gente que o lo da todo o no da nada. Nuestras relaciones en cuanto al dinero parecen comprobarlo. A medida que la sociedad de A.A. pasó de la infancia a su adolescencia, nos apartamos de la idea de que necesitábamos grandes cantidades de dinero, a la otra, de

que no deberíamos tener nada. De todas las bocas salían palabras: “La sociedad de A.A. y el dinero no pueden mezclarse. Vamos a tener que separar lo material de lo espiritual”. Comenzamos a pensar de esa manera porque en varias ocasiones algunos miembros trataron de explotar en provecho propio sus conexiones con los A.As. y temimos que se nos fuese a explotar. De vez en cuando algún agradecido benefactor había donado algunas de las casas, y por eso había influencia extraña en nuestros asuntos. Se nos había regalado un hospital y casi en seguida el hijo de nuestro benefactor se convirtió en su principal paciente y aspirante a gerente. A uno de los grupos se le dieron cinco mil dólares para se hiciera con ellos lo que quisiera. El trastorno que nos causó ese poco dinero nos perjudicó por muchos años. Asustados con esas complicaciones, algunos de los grupos rehusaron tener ni siquiera un centavo en sus arcas.

Pese a tales temores tuvimos que reconocer que la sociedad de A.A. necesitaba funcionar. Los sitios de reunión nos costaban algo de dinero. Para evitar disturbios en regiones enteras era necesario organizar pequeñas oficinas, instalar teléfonos y emplear algunos secretarios. A pesar de numerosas protestas se lograron esas cosas. Vimos que de no ser así no había esperanza para quienes llegaran a nuestra puerta. Esos sencillos servicios exigían el gasto pequeñas cantidades de dinero que éramos capaces de pagar y que estábamos dispuestos a hacerlo nosotros mismos. Por fin, dejó de oscilar el péndulo y de ahí nació la Tradición Séptima, tal como hoy en día la conocemos.

A ese respecto Bill goza mucho contando la siguiente historia que tiene su moraleja: “Cuando se publicó en el Saturday Evening Post el artículo de Jack Alexander, en 1941, millares de cartas de alcohólicos desesperados y de sus familiares llegaron como avalancha a la casilla de correos de la Fundación en Nueva York. Nuestro personal de la oficina –continúa Bill – consistía en dos personas: una fiel secretaria y yo. ¿Cómo íbamos a atender esa cantidad de solicitudes de ayuda? Se hacía imperativo conseguir empleados fijos. Así fue que pedimos a los socios de A.A. que enviaran contribuciones voluntarias. ¿Podría cada miembro enviarnos un dólar por año? De otra manera esa conmovedora correspondencia no podría contestarse.

“Me sorprendió ver que el grupo reaccionaba muy lentamente. Me paseaba por la oficina vociferando que los miembros eran una manda de avaros. De repente asomó por la puerta la desgredada y doliente cabeza de un antiguo conocido. El tipo perfecto del A.A. caído de nuevo en garras del alcohol. En su cara se reflejaban los efectos de los tragos ingeridos el día anterior. Recordando algunas de mis borracheras sentí que mi corazón rebotaba de compasión. Le hice pasar adelante y le di un billete de cinco dólares. Como mi sueldo semanal era de apenas treinta dólares, la contribución fue bastante fuerte. Mi esposa Lois sí que necesitaba dinero para la casa, pero eso no me detuvo. El profundo alivio que se pintó en el rostro de mi amigo me llenó de placer. Me sentí especialmente magnánimo al pensar en todos los ex borrachos que no enviaban ni siquiera un dólar cada uno, y ahí estaba yo dando con el mayor gusto una contribución de cinco dólares para aliviar las penas de un borracho.

“La reunión de esa noche se llevó a cabo en la casa del club, en la Calle 24. Durante el intermedio, el tesorero nos contó tímidamente que el club estaba en bancarrota (eso era en la época de que se podía mezclar el dinero con A.A.) Pero finalmente el tesorero dijo: Si no pagamos el casero nos va echar a la calle; de modo que tengan la bondad de dar bastante esta noche.

“Todo lo oía yo muy claro porque estaba tratando de convencer a un recién llegado que se había sentado a mi lado. Cuando el sombrero de contribuciones pasó cerca de mí, y mientras seguía hablando a mi vecino, saqué de mi bolsillo una moneda de cincuenta centavos. No sé por qué se me hizo tan grande. Apresuradamente la volví a guardar y deposité una de diez centavos. En esos tiempos los billetes nunca se daban como contribución.

“Luego desperté a la realidad. Yo, que había hecho alarde de mi generosidad esa mañana, le daba ahora a mi propio club menos de lo que daban los alcohólicos que habían olvidado enviarle sus dólares a la Fundación. Comprendí que mi regalo de cinco dólares no había sido sino una manera de exaltar mi egoísmo, lo cual era malo para mí mismo, y malo para el borracho a quien se lo di. Había en la sociedad de A.A. un lugar donde espiritualidad y el dinero sí mezclaban y ese lugar era el sombrero en que se depositaban las contribuciones voluntarias”.

Hay otra historia que se refiere al dinero. Una noche de 1948 los síndicos de la Fundación celebraban su reunión trimestral. Se discutía un asunto muy importante. Cierta dama había dejado en su testamento un regalo de diez mil dólares para la sociedad de A.A. Se discutía o no recibir el dinero.

Tuvimos un debate bastante acalorado. La fundación sí que necesitaba ese dinero; los grupos no estaban enviando lo suficiente para mantener la oficina, habíamos estado echando mano de todas nuestras entradas, pero eso no bastaba y las reservas se esfumaban como la nieve en la primavera. Necesitábamos los diez mil dólares. “Puede ser”, agregaban algunos, “que los grupos nunca sean capaces de sostener la oficina. No permitir que se cierre porque se trata de algo vital. Sí, recibamos el dinero. De ahora en adelante debemos recibir cuanto se nos dé porque vamos a necesitarlo”.

En seguida habló la oposición. Dijo que la junta directiva tenía conocimiento de que entre las personas que aún no habían muerto, pero nos habían incluido es sus testamentos, se contaban algunas cuyas contribuciones sumadas nos darían más de medio millón de dólares. Sólo Dios sabía cuánto más dinero se nos habría legado y del que nosotros no teníamos aún la menor noticia. Si no rehusábamos recibir dinero de fuera de nuestro grupo, pronto la Fundación sería inmensamente rica. En comparación con lo que esperábamos recibir algún día, los diez mil dólares no eran gran cosa; pero como pasa con el primer trago que infiere un alcohólico, vendría a causar, si los recibíamos, una desastrosa reacción en cadena. ¿A dónde iríamos a parar? Quien paga los músicos generalmente escoge la música; y si la Fundación iba a recibir dinero de extraños, los síndicos, (actualmente llamados Custodios) podrían sentirse autorizados a disponer en nuestros asuntos sin consultar con los A.As. Privados de toda responsabilidad cada uno de los A.As. se despreocuparían diciendo: “La Fundación tiene mucho dinero. ¿Por qué preocuparnos?” La presión de tanto dinero en caja haría que los síndicos inventaran toda clase de sistemas de hacer el bien, y apartarían a A.A. de su propósito fundamental. Cuando eso sucediera se habría extinguido el compañerismo. Los síndicos quedarían aislados y expuestos a rudas críticas por parte de los A.As. y del público en general. Esas eran las posibilidades en pro y en contra que necesitábamos tener en cuenta.

Así fue como nuestros síndicos escribieron una página brillante en la historia de A.A. Declararon que A.A. debe permanecer siempre pobre. Apenas lo necesario para subsistir y una reserva prudencial sería la futura política financiera de la Fundación. La cosa fue bien difícil; los síndicos no aceptaron los diez mil dólares, sino que adoptaron formalmente la irrevocable resolución de no aceptar en lo futuro ningún regalo. Desde ese momento, estamos seguros de ello, se encajó en las tradiciones de A.A. el principio de la pobreza.

Cuando esos hechos se hicieron públicos la reacción fue profunda. Los grupos que estaban al tanto de las inacabables campañas de A.As. para recoger fondos, presentaron un espectáculo vivificante. Los editoriales de encomio y felicitación generaron una oleada de confianza en la integridad de A.A., y dichos editoriales, tanto de los periódicos locales como de los extranjeros, declararon que los irresponsables se habían vuelto responsables, y que al establecer que la independencia en asuntos de dinero formara parte de su tradición, los A.A. habían revivido un ideal casi completamente olvidado.

OCTAVA TRADICIÓN

A.A. NUNCA TENDRÁ CARÁCTER PEOFESIONAL, PERO NUESTROS CENTROS DE SERVICIO PUEDEN EMPLEAR TRABAJADORES ESPECIALES

Los Alcohólicos Anónimos nunca tendrán una clase profesional. Hemos entendido bien, hasta cierto punto, el muy antiguo dicho: “Lo que tan libremente se nos ha dado, libremente debemos darlo”. Hemos descubierto que en cuanto al profesionalismo atañe, el dinero y la espiritualidad no se mezclan. Casi ninguna recuperación del alcoholismo ha resultado del trabajo de los mejores profesionales del mundo, bien fueran médicos o religiosos. No descreditamos a los profesionales dedicados a otras actividades; pero aceptamos el hecho escueto de que

no resulta para nuestro trabajo. Cada vez que hemos ensayado el empleo de profesionales para llevar a cabo de Duodécimo Paso, el resultado ha sido siempre el mismo: nuestro objetivo único se desvía.

Sencillamente, los alcohólicos no le hacen caso a quien hace el trabajo de Duodécimo Paso por paga. Casi desde un principio hemos tenido la seguridad de que el trabajo cara a cara con un alcohólico desesperado no puede tener otro fundamento más que el deseo de ayudar y de recibir ayuda. Cuando un miembro de A.A. habla por paga, bien sea en una reunión o dirigiéndose solo a un recién llegado, puede él sentir malos efectos de actitud. El aliciente del dinero le compromete y también a todo lo que diga y haga en beneficio del probable nuevo socio. Eso ha sido siempre tan evidente que sólo muy pocos miembros de A.A. han tratado alguna vez a sueldo.

Pese a tal certeza es una gran verdad que pocos temas han sido objeto de mayor discusión entre nosotros que el asunto del profesionalismo. Cuidadores encargados de barrer pisos, cocineros dedicados a preparar pasteles de carne, secretarios de las oficinas, autores ocupados en escribir libros, todos ellos han sido acremente atacados por críticos que alegaban que estaban haciendo dinero a costa de A.A. Sin tener en cuenta que tales tareas nada tenían que ver con el trabajo del Duodécimo Paso, los críticos insistían en que esos individuos eran A.A. profesionales, pese a que hacían trabajo bastante desagradable y que nadie más estaba dispuesto a realizar. Un mayor furor pudo verse cuando algunos socios de A.A. comenzaron a administrar casas de reposo y granjas para alcohólicos; cuando otros se emplearon en algunas empresas como expertos para ayudar a resolver el problema de alcoholismo; cuando otros se volvieron enfermeros en las salas del hospital dedicadas a víctimas del alcoholismo; cuando otros se dedicaron a tareas educativas sobre el alcoholismo. En todos esos casos, y en muchos otros, se alegó que la experiencia y los conocimientos de los A.As. se estaban vendiendo por dinero y que, por consiguiente, esos individuos también eran profesionales.

Finalmente, sin embargo, pudo verse con claridad la línea divisoria entre el profesionalismo y el no profesionalismo. Cuando se hubo convenido en que el trabajo del Duodécimo Paso no podría venderse por dinero, obramos sabiamente. Pero cuando declaramos que nuestra sociedad no

podría servirse de empleados para desempeñar ciertos servicios, y que no estaba bien que lleváramos nuestros conocimientos a otros campos, estábamos siendo aconsejados por el temor, mismo que hoy en día se ha disipado casi por completo ante la luz de la experiencia.

Tomemos, por ejemplo, el caso del cuidador y cocinero del club. Si un club ha de funcionar, es necesario que sea un lugar habitable y hospitalario. Ensayamos con voluntarios que bien pronto se aburrieron de barrer pisos y preparar café siete días a la semana. Pronto dejaron de ir. Y, algo más importante un club deshabitado no tiene quien conteste las llamadas telefónicas, pero sí es una invitación para cualquier borracho que tenga llave de la puerta. De modo que se hacía necesario que alguien estuviera en el club a toda hora. En caso de que empleáramos a un alcohólico, sólo recibiría lo que le pagaríamos a un no alcohólico por desempeñar el mismo oficio. Ese trabajo no puede calificarse como tarea del Duodécimo Paso; su objeto es tan sólo el de hacer posible el trabajo del mismo. Es cuestión de servicio, lisa y llanamente.

Tampoco podía funcionar A.A. por sí solo, sin empleados de tiempo completo. En las oficinas de la Fundación y de Coordinación, no nos era posible emplear como secretarios a los alcohólicos; pero en el momento en que los empleamos los ultraconservadores y los timoratos aullaron: "¡Profesionalismo!" En una ocasión la situación de esos fieles servidores se hizo casi insoportable. No se les pedía que hablaran durante las reuniones porque "estaban sacando provecho de A.A." Hasta hubo caos en que los demás socios los despreciaban. Hasta los más caritativos los calificaban de "un mal necesario". Los comités se valieron de esa actitud para rebajarles los sueldos. Podrían recuperar parte de su virtud, se pensaba, si trabajaban para A.A. a muy bajo costo. Durante varios años ese modo de pensar. Pero luego vimos que un secretario muy trabajador contestaba el teléfono docenas de veces en el curso del día, escuchaba las quejas de unas veinte esposas quejumbrosas, se entendía con la hospitalización y el respaldo de diez recién llegados, y usaba todos sus dones de diplomático para aplacar a un borracho recalcitrante que se quejaba del trabajo que hacía y de lo poco que se le pagaba. Es claro que se pasaba de injusto al calificar a tal empleado de profesional. No estaba profesionalizado el trabajo del Duodécimo Paso, sino simplemente

haciéndolo posible. Estaba ayudando a darles a quienes llegaban a la puerta, la oportunidad que se merecían. Los voluntarios y ayudantes podían auxiliar en gran manera; pero era injusto esperar que día tras día se encargaran de desempeñar tan duras tareas.

En las oficinas de la Fundación se repitió la misma historia. Ocho toneladas de libros y de información, cada mes, no se empacan solas y se distribuyen por todo el mundo. Sacos de cartas sobre todos los posibles problemas de los A.As. desde las de un esquimal solitario, y la National Broadcasting Company, hasta todos los problemas que se presentan a millares de grupos en vías de formación deben ser atendidos por gente que sepa lo que está haciendo. Es necesario mantener contactos apropiados con el mundo exterior. Extender la mano salvadora de A.A. Por eso empleamos secretarios administradores. Les pagamos buen sueldo y desquitan lo que se les paga. Son secretarios profesionales; pero ciertamente no son A.A. profesionales.

Tal vez en el corazón de todos los socios de A.A. existirá siempre el temor de que alguien va a usar nuestro nombre con afán de lucro. La sola insinuación de tal posibilidad es siempre suficiente para levantar verdaderas tempestades, y hemos descubierto que las tempestades atacan con igual furia el justo y al pecador. Siempre son irrazonables.

Ningún otro individuo ha sufrido tantos embates de esas tempestades emocionales como los que han soportado aquellos socios de A.A. que se han aventurado a aceptar empleo de entidades extrañas que tuvieran que habérselas con algún problema de alcoholismo. Una universidad quería que un miembro de A.A. educara al público sobre el alcoholismo. Una corporación deseaba emplear un director de personal bien familiarizado con el asunto del alcoholismo. Una granja para borrachos perteneciente al estado necesitaba un administrador capaz de lidiar con aquellos. Una ciudad necesitaba un experto en asuntos sociales, que entendiera bien lo que el alcoholismo puede dañar a una familia. Una comisión del Estado necesitaba un investigador a sueldo. Esos son apenas unos pocos de los empleos que se les ha pedido que acepten a algunos socios de A.A., como individuos. En algunas ocasiones ciertos miembros de A.A. han comprobado granjas o casas de reposo donde poder asilar a algunos alcohólicos de grado avanzado. La cuestión era, y aún lo es a veces,

¿pueden tales actividades calificarse de profesionalismo según la tradición de A.A.?

Creemos que la respuesta es “¡No! Los miembros que escojan esas actividades como su única ocupación, no profesionalizan el Duodécimo Paso. El camino que nos condujo a esa conclusión fue largo y escabroso. En un principio nos dábamos cuenta cabal de la naturaleza del problema. Antiguamente en cuanto un A. A., se empleaba en algunas de esas empresas, se sentía inmediatamente tentado a usar el nombre de A.A. con fines de publicidad o para allegarse fondos. Las granjas de beodos, empresas educativas, los gobiernos de los estados y sus comisiones, hacían alarde de que miembros de A.A. les estaban sirviendo. Indiscretamente, los A.A. así empleados, rompían su anonimato para hacerle la propaganda a la actividad de su preferencia. Por tal razón, no pocas causas dignas de encomio, y todos sus allegados, fueron víctimas de la crítica injusta por parte de algunos grupos de A.A. Con mucha frecuencia esos ataques iban encabezados por el grito de “¡Profesionalismo!” “Ese tipo se está beneficiando a costa de los A.As. Pero ninguno de ellos había sido contratado para hacer trabajo de Duodécimo Paso. En esos casos, las infracciones no podían calificarse de profesionalismo, sino de violación del anonimato. Se comprometía el objetivo primordial de los A.As. se usaba incorrectamente el nombre de Alcohólicos Anónimos.

Es muy significativo, hoy en día, que casi ninguno de los A.As. deja de permanecer anónimo ante el público, y que casi todos esos temores han desaparecido. Vemos que no tenemos ni el derecho ni la necesidad de desautorizar a los A.As. que desean obrar como individuos en actividades más amplias. En realidad sería injusto que se lo prohibiéramos. No podemos declarar a Alcohólicos Anónimos una sociedad tan exclusiva como para que todos nuestros conocimientos y nuestra experiencia sean “Secretos de Estado”. Si un miembro de A.A. actuando en su calidad de ciudadano, puede convertirse en mejor investigador científico, educador, jefe de personal, etc., ¿por qué no permitirselo? Todos salimos así ganando y nada se pierde. Bien es cierto que algunas de las empresas a las que los A.As. se han afiliado han resultado mal concebidas; pero eso no tiene nada que ver con el principio de que se trata.

Esa es pues la cadena de circunstancias que vino finalmente consolidar la tradición de no profesionalizar a los A.As. Nuestro trabajo de Duodécimo Paso nunca debe recibir compensación en dinero; peor quienes nos prestan sus servicios profesionales merecen que se les pague por su trabajo.

NOVENA TRADICIÓN

**A.A. COMO TAL NUNCA DEBE SER ORGANIZADA; PERO
PODEMOS CREAR JUNTAS O COMITÉS DE SERVICIO QUE SEAN
DIRECTAMENTE RESPONSABLES ANTE AQUELLOS A QUIENES
SIRVEN.**

Cuando se redactó la Novena Tradición por primera vez decía: “Los A.A. necesitan la menor organización posible”. Años después, hemos aprendido a pensar de otra manera. Hoy en día podemos decir con certeza que los A.As. –considerados como un todo--, nunca deben organizarse. Entonces, en aparente contradicción con lo dicho, procedemos a crear juntas de servicios especiales y comités organizadores. De manera que ¿es posible que tengamos un movimiento sin organización, pero que sea capaz de crear y de hecho estructure una organización de servicios para sí? Estudiando esa paradoja hay quienes preguntan: ¿Qué quieren decir con eso de que no tienen organización?

Vamos a verlo: ¿Quién ha oído de alguna nación, religión o partido político, o aún más, de alguna asociación de beneficencia que carezca de reglas para sus asociados? ¿Quién ha oído hablar de alguna sociedad que no pueda imponer castigos a sus miembros, exigir la obediencia de los demás y que no expulse o castigue a los infractores de sus reglas? Por consiguiente, toda nación, toda sociedad, sea cual fuere su clase, debe de tener un gobierno administrado por seres humanos. La facultad para dirigir o gobernar es la base de la organización de todas partes.

Sin embargo, los Alcohólicos Anónimos son la excepción. No se ajustan a ese molde. Tampoco se Conferencia de Servicios Generales y la Junta

Directiva de su Fundación, ni el más humilde comité de un grupo, nadie puede dar una orden a un miembro de A.A. y hacer que se cumpla, ni mucho menos castigara sus infracciones. Muchas veces hemos ensayado esto, pero siempre hemos fracasado. Algunos grupos han intentado expulsar a algún miembro o miembros; pero los expulsados siempre han regresado a las reuniones diciendo: “De esto depende nuestra vida; ustedes no pueden expulsarnos”. Los comités han dado a veces instrucciones a muchos a grupos de A.A. que suspendan sus servicios a algún infractor consuetudinario, sólo para que se les conteste: “La manera que yo hago las tareas del Duodécimo Paso sólo me concierne. ¿Quiénes son ustedes para juzgarme?” Con eso se quiere decir que los grupos de A.A. jamás están dispuestos a recibir sugerencias de los miembros más experimentados; pero, con toda seguridad, nunca aceptarán órdenes de ellos. Nadie tiene tan poca popularidad como un antiguo A.A. rebotante de sabiduría que, al mudarse a otro vecindario, trate de decirle a un grupo cómo debe comportarse. Este, y todos los que como él “se sientan alarmados por el bien de A.A.”, no encontrarán sino resistencia, en el mejor de los casos.

Pudiera pensarse que la jefatura de A.A. en Nueva York podría ser la excepción. Con seguridad que debiera tener cierta autoridad. Pero desde hace mucho tiempo los custodios y secretarios descubrieron que tan sólo pueden dar sugerencias; y éstas con moderación. Hasta tuvieron que inventar una frase que todavía aparece en la mitad de las cartas que escriben: “Claro está que usted es perfectamente libre de manejar este asunto como mejor le plazca; pero la experiencia de la mayoría de los A.A. parece indicar que...” ¿Verdad que esa actitud dista mucho de la de un gobierno central? Reconocemos que a los alcohólicos no se les puede exigir obediencia ni individual ni colectivamente.

En esta coyuntura nos parece oír lo que un buen religioso dice: “Están convirtiendo la desobediencia en virtud”. Lo secunda un psiquiatra que agrega: “Chiquillos desobedientes; nunca llegarán a conformarse con las reglas de la sociedad”. El hombre de la calle dice: “No los comprendo; deben de ser todos unos locos”: Pero esos observadores no han descubierto que hay algo peculiar en los Alcohólicos Anónimos: Si cada uno de ellos no sigue, como mejor pueda, los Doce Pasos de recuperación,

es muy seguro que está firmando su sentencia de muerte. Su embriaguez y sus vicios no son castigos impuestos por ninguna autoridad; son el resultado de su desobediencia personal a principios espirituales.

La misma severa amenaza se cierne sobre el grupo mismo. Si no existe conformidad aproximada a los Doce Tradiciones de A.A., el grupo también está expuesto a deteriorarse y extinguirse. Por eso nosotros los miembros de A.A. tenemos que obedecer a principios espirituales, primero, porque es forzoso que lo hagamos y, finalmente, porque nos agrada la clase de vida que trae esa obediencia. Los grandes sufrimientos y el gran amor son los disciplinarios de los A.As. y no necesitamos tener otros.

Es evidente ahora que nunca debemos formar una junta que nos gobierne; pero también es claro que siempre hemos de necesitar trabajadores que nos sirvan. Esa es la diferencia entre la autoridad conferida y el espíritu de servicio: dos conceptos infinitamente distanciados uno del otro. Es por ese espíritu de servicio que elegimos los comités rotatorios informales de los grupos de A.A., el grupo de asociación coordinada para cada área de trabajo, y la Conferencia de Servicios Generales para A.A. como un todo. Aún la Fundación, que antes fuera una Junta independiente, depende ahora de nuestra asociación. Sus consejeros son custodios y dispensadores de nuestros servicios mundiales.

De la misma manera que cada A.A. persigue su sobriedad personal, el objetivo que persigue cada uno de los servicios es hacer asequible esa sobriedad a cuantos la deseen. Si nadie se encarga de los trabajos de un grupo, si su teléfono carece de quién lo atienda, si nadie contesta las cartas, la sociedad de A.A., tal como la conocemos, dejaría de existir. Nuestras líneas de comunicación con el mundo exterior quedarían interrumpidas y no podríamos ayudar a quienes necesitan de nuestros servicios.

La sociedad de A.A. necesita funcionar, pero al mismo tiempo tiene que evitar los peligros que entrañan la riqueza, el prestigio y la influencia intocables, que necesariamente sirven de tentación a otras asociaciones. A pesar de que la Tradición Novena pareciera referirse, a simple vista, a un asunto meramente práctico, al funcionar, demuestra que A.A. es una sociedad que carece de organización y que está animada tan sólo por espíritu de servicio: igual a verdadero compañerismo.

DECIMA TRADICIÓN

A.A. NO TIENE OPINIÓN ACERCA DE ASUNTOS AJENOS A SUS ACTIVIDADES, POR CONSIGUIENTE SU NOMBRE NUNCA DEBE MEZCLARSE EN POLEMICAS PÚBLICAS.

Desde su fundación, los Alcohólicos Anónimos nunca se han visto divididos por ninguna polémica de alguna importancia. Tampoco ha terciado nuestra sociedad alguna vez en controversias mundanas. Eso, sin embargo, no ha sido una virtud adquirida a fuerza de trabajo. Podría decirse que nacimos con ella porque, como lo ha expresado uno de nuestros miembros hace poco: “Casi nunca me ha tocado oír ninguna acalorada discusión religiosa, política o de reformas entre los miembros de A.A. Así que como no discutimos esos asuntos ni en privado, cae por su propio peso que nunca lo haremos en público”.

Como guiados por un profundo instinto, nosotros los A.As. comprendimos desde muy temprana hora de nuestra historia que nunca debemos, por más que se nos provoque, terciar en ninguna discusión aunque ésta nos parezca digna de encomio. La historia nos da infinidad de ejemplos de naciones esforzadas y de grupos que acabaron por ser destruidos porque se les indujo o se les tentó hacer que tomaran partido en alguna controversia. Otras Instituciones fueron destruidas porque el creer en sus propias virtudes las llevó a tratar de imponer sobre el resto de la humanidad su particular modo de pensar u obrar. En nuestros tiempos hemos visto morir a millones de personas, víctimas de las guerras políticas o económicas, a menudo impulsadas por diferencias de raza o de religión. Vivimos contemplando la inminente posibilidad de un nuevo holocausto para determinar cómo deben gobernarse los hombres y cómo deben repartirse los productos de la naturaleza y del esfuerzo humano. Ese es el clima en que nació la sociedad de los Alcohólicos Anónimos y, gracias a Dios, ha seguido progresando.

Volvimos a insistir en que la repugnancia que sentimos hacia la lucha entre nosotros o contra cualquier otro, no debe considerarse como virtud especial que nos haga sentirnos superiores a los demás. Tampoco quiere

decir eso que los miembros de A.A. considerados como restaurados ciudadanos del mundo, vayan a rehusarse a cumplir sus obligaciones individuales, de obrar como les parezca correcto sobre los asuntos de nuestra época. Pero en cuanto se refiere a A.A., considerado como un todo, eso es algo diferente. A ese respecto rechazamos los intentos de hacernos entrar en controversia públicas, porque sabemos que nuestra sociedad perecerá si así lo hace. Creemos que la conservación y la extensión de la sociedad de Alcohólicos Anónimos es algo más importante que la influencia que pudiéramos tener colectivamente para respaldar cualquiera otra causa. Puesto que la recuperación del alcoholismo es para nosotros nuestra propia vida, es imperativo que preservemos en toda su plenitud aquellos medios de supervivencia.

Esto puede parecer que deseamos insinuar que los miembros de A.A. nos hemos dedicado repentinamente al pacifismo y que nos hemos convertido en una gran familia alegre y regocijada. Claro que eso no es así. Somos tan humanos como los demás, y no dejamos de tener nuestros problemas. Antes de normalizarnos un poco, la sociedad de A.A. parecía una prodigiosa tremolina, más bien que cualquier otra cosa, por lo menos en la superficie. Un director de una gran corporación, que acababa de votar tranquilamente el gasto de varios centenares de miles de dólares para su empresa, era capaz de armar un gran escándalo durante una reunión en que se discutiera el modesto gasto de veinticinco dólares para comprar sellos de correo que mucho necesitábamos. Disgustados con las intenciones de no pocos sobre la administración de algunos de los grupos, la mitad de sus miembros se retiraban airados para formar un nuevo grupo, más de acuerdo con sus ambiciones. Algunos antiguos socios, repentinamente convertidos en fariseos, han lanzado acusaciones. Se han dirigido enconados ataques contra personas que se sospechaba eran capaces de malas intenciones. Pero a pesar de todo el ruido, nuestras insignificantes desavenencias nunca le hicieron a A.A. el menor daño. También debemos dejar constancia de que sólo estábamos aprendiendo a vivir juntos y de que todas nuestras discusiones tenían que ver siempre con la manera de hacer más feliz nuestra sociedad y poder servir mejor a un mayor número de alcohólicos.

La “Washingtoniana Society”, una asociación de alcohólicos de hace más de un siglo, estuvo a punto de descubrir la recuperación del alcohólico. En un principio se componía sólo de alcohólicos que trataban de ayudarse unos a otros. Los primeros socios sentían que era necesario dedicarse exclusivamente a ese fin. En muchos aspectos, los Washingtonianos se parecían a los Alcohólicos Anónimos de ahora. El número de socios llegó a pasar de cien mil. Si los hubieran dejado solos y si ellos hubieran perseverado en perseguir el fin que se proponían, hubieran hallado la solución. Pero no fue así. Muy al contrario, los Washingtonianos permitieron que los políticos y los reformadores, tanto los alcohólicos como antialcohólicos, se valieran de la sociedad para sus propios fines. La abolición de la esclavitud por ejemplo, era un enconado punto de la política de aquellos tiempos. No tardaron los Washingtonianos en terciar de uno o de otro lado de la contienda. Tal vez la sociedad hubiera podido sobrevivir la controversia de la abolición de la esclavitud; pero estaba perdida desde el momento en que resolvió reformar las costumbres del país con respecto a la bebida. Cuando los Washingtonianos se convirtieron en cruzados, tardaron pocos años en perder por completo su eficacia como conductores de los alcohólicos hacia su recuperación.

Los Alcohólicos Anónimos no han echado en saco roto la lección que aprendieron de los Washingtonianos. Estudiando las ruinas de esa sociedad, los primeros miembros decidieron mantener siempre a Alcohólicos Anónimos lejos de toda clase controversias. Y así se colocó la primera piedra de los cimientos para la Tradición Décima: “La sociedad de Alcohólicos Anónimos no tiene opinión acerca de asuntos ajenos a sus actividades; por consiguiente, su nombre nunca debe mezclarse en polémicas públicas”.

UNDECIMA TRADICIÓN

NUSTRA POLITICA DE RELACIONES PÚBLICAS SE BASA MÁS BIEN EN LA ATRACCIÓN QUE EN LA PROMOCIÓN; NECESITAMOS MANTENER SIEMPRE NUESTRO ANONIMATO PERSONAL ANTE LA PRENSA, LA RADIO Y EL CINE.

De no contar con sus legiones de personas de buena voluntad, A.A. nunca hubiera llegado a tener la importancia que tiene hoy en día. En todo el mundo es copiosa la publicidad favorable y muy diversa que ha vendido a servir como medio principal para atraer a los alcohólicos a nuestra sociedad. En las oficinas y clubes e A.A. suena constantemente al teléfono. Una voz dice: “Leí un artículo en la prensa...”; otra: “Oímos un programa en la radio...”; y otra más: “Vimos una película...” o “Miramos algo sobre A.A. en la Televisión...” No es exagerado decir que la mitad de los miembros de A.A. han llegado a los grupos en virtud de esa forma de comunicación.

Y no todos los que preguntan sobre nuestra sociedad son alcohólicos o parientes de ellos. Los médicos leen artículos en sus revistas y llaman para pedir más información sobre A.A. Los religiosos también leen artículos en los periódicos de su congregación, e igualmente nos hacen preguntas. Los dueños de fábricas o directores de grandes empresas aprueban nuestras actividades y desean averiguar cómo pueden luchar contra el alcoholismo en sus propios negocios.

Por consiguiente nos vimos confrontados ante la gran responsabilidad de organizar la mejor política de relaciones públicas para A.A. Después de pasar por muchos períodos de dolorosa experiencia hemos resuelto ya lo que esa política debe ser. Es todo lo contrario de la costumbre corriente en cuanto al uso de la promoción. Descubrimos que teníamos que depender del principio de la atracción como contrario del de la promoción.

Veamos en qué forma esas dos ideas tan contrarias —la atracción y la promoción— funcionan en la práctica. Cuando un partido político desea

ganar una elección, se dedica hacer alarde de sus virtudes como conductor, para así obtener más votos que su adversario. Una empresa de caridad que desea conseguir dinero, pone en los membretes de sus cartas el nombre de personas distinguidas que puedan ayudarla. La mayor parte de la vida política, económica y religiosa en el mundo depende del dominio de la publicidad. La gente que simboliza causas e ideas, llena con ella una profunda necesidad humana. Los A.As. no dudamos nada de eso; pero sí tenemos que convenir en que estar demasiado ante los ojos del público es peligroso, especialmente para nosotros. Por temperamento casi todos hemos sido impetuosos promotores; y la idea de una sociedad compuesta casi exclusivamente por ese tipo de personas, nos aterrorizaba. Considerando tan explosivo factor, supimos que era necesario dominarnos a nosotros mismos.

Maravillosa ha sido la forma en que esa restricción de ambiciones a vendió a beneficiarnos. Nos ha traído publicidad más favorable que la que hubiéramos podido obtener por todas las artes y habilidad del mejor de los propagandistas. No hay duda de que A.A. necesitaba publicidad en alguna forma; y, por ello nos valimos de la idea de que era mucho mejor para nosotros que nuestros amigos nos la dieran. Y eso precisamente fue lo que sucedió, hasta un extremo casi increíble. Los veteranos de la prensa acostumbrados a dudar e todo, han hecho esfuerzo, en cuanto han podido, para diseminar el mensaje de A.A. Para ellos, somos nosotros algo más que una mina de buenas crónicas. En casi todas partes, los periodistas --hombres y mujeres--, se han unido a nosotros como amigos.

En un principio, la prensa no podía comprender nuestros motivos para rechazar toda publicidad personal. Se mostraba sinceramente maravillada ante nuestra insistencia por conservar la anonimidad. Pero el fin vieron la luz. Se encontraron con algo inusitado en este mundo: una Sociedad que alega querer darle publicidad a sus principios y a sus obras, pero no a sus miembros individualmente. Esa actitud nuestra los llenó de franca solidaridad. Desde entonces esos amigos han escrito crónica sobre A.A. con un entusiasmo, que no sería capaz de igualar el más fogoso de nuestros socios.

Hubo, eso sí, una época en que la prensa de los Estados Unidos fue partidaria de que nuestra identidad personal permaneciera anónima más

de lo que ya lo será en algunos de nuestros miembros. Sin embargo, en una ocasión, como centenar de nuestros socios optó por hacerse conocer del público. Con muy buenas intenciones declararon que eso del anonimato era muy anticuado digno sólo de los primeros tiempos de A.A. Tenían la seguridad de que la sociedad progresaría y avanzaría más rápidamente si empleaba los modernos métodos de publicidad. Los A.As. –decían – incluyen a muchas personas de fama local, nacional e internacional. Si todos estamos de acuerdo –y muchos lo estaban--, ¿por qué no hacer públicas las listas de los miembros, y en esa forma, al dar más aliento a otros, lograr que se nos unan? Los argumentos sonaban bien, pero afortunadamente nuestros periodistas amigos no eran de la misma opinión.

La Fundación dirigió cartas a casi todos los periódicos de los Estados Unidos explicando nuestra política en cuanto a relaciones públicas, fundada ésta en la atracción, más bien que en la promoción, y haciendo hincapié en que el anonimato de los A.A. era su mejor protección. Desde entonces, los redactores eliminan constantemente nombres y fotos en los artículos que escriben sobre los A.A.; con frecuencia les recuerdan a algunos individuos ambiciosos, que la sociedad de A.A. tiene política de no revelar los nombres de sus miembros. Por ese motivo han sacrificado muchas buenas crónicas. La fuerza de su cooperación nos ha ayudado sobremanera. Sólo puedan, no obstante unos pocos miembros que deliberadamente ponen en conocimiento del público sus propios nombres.

Esta es, en resumen, la manera como se desarrolló la Tradición Undécima de A.A. Para nosotros, sin embargo, representa algo más que la negación del envanecimiento personal. Esta tradición nos recuerda en forma práctica y constante, que las ambiciones personales no tienen lugar en la sociedad de A.A. Así pues, mediante ella, cada miembro es guardián individual de Alcohólicos Anónimos.

DUODECIMA TRADICIÓN

EL ANONIMATO ES LA BASE ESPIRITUAL DE TODAS NUESTRAS TRADICIONES, RECORDANDONOS SIEMPRE ANTEPONER LOS PRINCIPIOS A LAS PERSONALIDADES.

La esencia espiritual del anonimato es el sacrificio. Como quiera que las Doce Tradiciones de A.A. repetidamente nos exigen que dejemos a un lado los deseos personales en pro del bien común, comprendemos que el espíritu de sacrificio, cuyo símbolo más apropiado es el anonimato, viene a ser la base de todas ellas. La comprobada voluntad de los A.As. para someterse a esos sacrificios, es lo que les da a todas las personas una gran fe en nuestro porvenir.

Pero en un principio el anonimato no tuvo su origen en nuestra fe; sino que era hijo de nuestros tempranos temores. Nuestros primeros grupos de alcohólicos eran sociedades secretas. Los nuevos socios nos descubrían por intermedio de unos cuantos amigos de confianza. La sola insinuación de la publicidad, por más que sólo se tratara de nuestro trabajo, nos causaba sobresaltos. A pesar de que éramos ex bebedores, todavía pensábamos que era necesario ocultarnos de la desconfianza y el desprecio del público.

Cuando apareció el Gran Libro en 1939, lo llamamos “Alcohólicos Anónimos”. En el prólogo hicimos estas reveladoras declaraciones: “Es muy importante que seamos anónimos porque somos muy pocos, por el momento, para atender muy bien a nuestras ocupaciones en ese caso.”

A medida que los grupos se multiplicaban, también surgían problemas relacionados con el anonimato. Entusiasmados con la recuperación de algún hermano alcohólico, en ocasiones comentábamos con quien nos lo había encomendado, los detalles más íntimos y conmovedores del caso. La ofendida “víctima” procedía entonces a acusarnos de haber violado su secreto.

Con características intemperancia, sin embargo, algunos de los recién llegados no se preocupaban porque guardáramos su secreto. Deseaban contar a gritos que eran socios de A.A. y así lo hacían. Los alcohólicos

recién recuperados acudían a contarle a otros los detalles de sus casos particulares. Otros volaban a hablar ante micrófonos, o a hacerse retratar. A veces se emborrachaban y desencantaban a los miembros de sus grupos. Habían pasado el papel de miembros de A.A. al de simples vanidosos.

El fenómeno de los contrastes, a menudo nos hace pensar. Teníamos ante nosotros la pregunta: *¿Qué tan anónimos deben ser los miembros del Alcohólicos Anónimos?* Nuestro desarrollo nos mostraba que no podríamos seguir siendo una sociedad secreta; pero también comprendíamos que no podríamos convertirnos en un circo. La adopción de una vía intermedia entre esos dos extremos nos tomó mucho tiempo.

Por regla general casi todos los recién llegados deseaban que sus familiares se enteraran inmediatamente de lo que estaban tratando de hacer. También querían decírselo a quienes habían tratado de ayudarlos-- a sus médicos, consejeros espirituales y amigos íntimos. A medida que iban adquiriendo confianza en sí mismos se sentían con el derecho de explicarles la nueva vida a sus jefes y a sus amistades comerciales. Cuando se presentaba la oportunidad de ayudar, les resultaba fácil hablarle a todo el mundo acerca de A.A. Esas tranquilas exposiciones les ayudaban a perderle el miedo al estigma del alcoholismo, y además ayudaban a que toda la comunidad se enterara de la existencia del grupo de A.A. A ellas debemos el que muchos nuevos miembros, hombres y mujeres, se presentaran a los A.As. Pese a que eso no era forma muy estricta de mantener el secreto, cabía muy bien dentro del espíritu de la Asociación.

Pero pronto se vio que ese método de comunicación de persona a persona, era demasiado limitado. Nuestro trabajo, como tal, necesitaba publicidad. Los grupos de A.A. deberían ser accesibles a tantos alcohólicos desesperados como fuera posible. Por consiguiente, muchos de los grupos comenzaron a tener reuniones a las que podían concurrir los amigos interesados y el público, de modo que los ciudadanos pudieran darse cuenta, por sí mismos, de lo que eran los A.As. La reacción de esas reuniones fue bastante satisfactoria. Pronto los grupos comenzaron a recibir solicitudes para que los oradores de Alcohólicos Anónimos pronunciaran discursos ante organizaciones cívicas, sociedades médicas, etc. Siempre y cuando que no se divulgara el nombre de los oradores y

que se advirtiera a los periodistas que no publicaran nombres, ni retratos, todo resultaba muy bien.

Vinieron luego nuestras primeras incursiones al campo de la publicidad en grande; esas fueron sorprendentes. Un periódico importante, el "Cleveland Plain Dealer" publicó artículos que hicieron subir el número de nuestros socios, de unos pocos a varios centenares, de la noche a la mañana. Las noticias acerca de la comida que el Sr. Rockefeller ofreció a los Alcohólicos Anónimos, ayudaron a duplicar el número total de miembros en el curso de un año. El famoso artículo que Jack Alexander publicó en el "Saturday Evening Post", convirtió a los A.As. en una institución nacional. En esa forma fueron siendo cada día mayores las oportunidades de reconocimiento de los méritos de A.A. las oportunidades de reconocimiento de los méritos de A.A. Las empresas de cine querían nuestros retratos. La radio, y finalmente la televisión, nos asediaron con solicitudes de presentaciones personales. ¿Qué era lo mejor que podíamos hacer?

A medida que crecía la marea e aprobación pública, caíamos en la cuenta de podrían hacernos muchísimo bien, o muchísimo mal. Todo estaba en que supiéramos cómo encauzarla. Sencillamente, no podíamos exponernos a que algunos miembros se presentaran ante el público como los mesías de A.A. El instinto de propagandistas iba a ser nuestra propia perdición. Bastaría con que uno se emborrachara en público o empleara nuestro nombre en ventaja propia, para que se nos hubiera causado un daño irreparable. A esas alturas de los acontecimientos se imponía volver al ciento por ciento del anonimato (en la prensa, la radio, el cine y la televisión). Era el caso en que los principios debían anteponerse a las personalidades, sin ninguna excepción.

Esos experimentos nos enseñaron que el anonimato es la verdadera humildad militante. Es la cualidad espiritual que hoy en día sirve de pauta a la vida de los A.As. en todas partes. Gracias al espíritu del anonimato, tratamos de dejar a un lado nuestros deseos de distinción personal como miembros de A.A., tanto ante los demás miembros como ante el público en general. Al dejar a un lado esas aspiraciones, creemos que cada uno de

nosotros teje un manto protector a nuestra Sociedad, bajo el cual podremos trabajar unidos.

Estamos convencidos de que la humildad, por medio del anonimato, es la mayor protección que siempre podrán tener los Alcohólicos Anónimos.